

Segundo Domingo del Tiempo Ordinario C2024

Cuando organizamos una fiesta o una celebración, examinamos todos los detalles susceptibles de contribuir al éxito del evento, por ejemplo, el número de invitados, la cantidad de comida necesaria, el espacio de reunión, la duración del evento, etc.

Una vez examinados todos estos detalles, nos sentimos seguros de que nuestra celebración será fantástica. Pero la experiencia nos ha demostrado que, a pesar de todas las precauciones tomadas, las cosas no siempre salen bien. Un pequeño detalle olvidado puede hacer fracasar el éxito de un evento cuidadosamente planeado durante meses.

Esto fue el caso en las bodas de Caná. Es importante que comprendamos que no siempre podemos contar con nuestras fuerzas, nuestras habilidades y nuestras capacidades para tener éxito. Nuestras capacidades humanas no son una garantía de que las cosas saldrán automáticamente bien. También tenemos que contar con Dios y su ayuda para tener éxito en nuestras empresas y emprendimientos.

No hay nada malo en hacer eso. Además, no se puede negar lo que somos capaces de producir con nuestros talentos y dones. Lo que está en juego es la verdad de que si el Señor no construye la casa, en vano trabajan los albañiles. Si el Señor no guarda la ciudad, es en vano que los centinelas la guardan (Sal 127,1).

Hay algo más que debemos aprender y que es característico del Evangelio de Juan. Los escritos de Juan tienen siempre dos niveles: uno superficial y otro más profundo. En la superficie, a las bodas de Caná les faltó vino y la fiesta de bodas corría el riesgo de convertirse en un fiasco para los organizadores y en una humillación para los novios. En el nivel más profundo, Juan quiere decirnos que cuando los seres humanos se quedan solos, es posible que fracasen en lo que hacen. Pero, cuando nuestro Señor está involucrado en lo que hacen, tienen la posibilidad de tener éxito más allá de lo imaginable.

Por eso, la transformación del agua en vino nos enseña que donde nuestro Señor está involucrado, el fracaso se convierte en éxito, la derrota en victoria, la imperfección en perfección. Sin Jesús, la vida es triste y con Jesús, la vida se vuelve emocionante. Este hecho se demuestra a través de la cantidad de vino transformado. Imaginemos, por ejemplo, que tenemos seis tinajas de agua, cada una con una capacidad de 20 a 30 galones. Si multiplicamos 30 galones por 6 veces, tendremos 180 galones de vino. ¿Qué banquete de bodas en el mundo sería capaz de consumir en una noche y en un pueblo tal cantidad de vino? Pensemos un poco en ello.

Volvamos ahora a la persona que dio origen a que el agua se convirtiera en vino. De hecho, María, que estaba entre los invitados, al darse cuenta de que la fiesta estaba a punto de ser un fracaso, fue a buscar la intervención de nuestro Señor. Y sin embargo, nadie conocía a nuestro Señor y lo que era capaz de hacer por las personas en necesidad excepto María. Por eso, a pesar de la extraña respuesta de nuestro Señor, ella mantuvo su fe en él. Sabía que, aunque su hora aún no hubiera llegado, Él haría algo. Por eso pidió a los sirvientes que hicieran lo que nuestro Señor les dijera.

Como digo a menudo, nadie nos conoce mejor que nuestras madres. Y creo que el Evangelio de hoy me da la razón. Este papel de María de interceder por las personas en dificultades no es algo del pasado, es permanente y perpetuo en la historia de la salvación. Como lo hizo en el pasado, lo hace hoy, porque su relación con el Señor no ha cambiado en absoluto. Ella sigue siendo la madre del Señor, con el mismo corazón y la misma sensibilidad ante el sufrimiento del mundo. Por eso la Iglesia nos recomienda que nos dirijamos a ella en busca de intercesión.

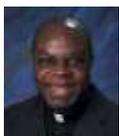
Al interceder por esta pareja en el momento crítico de su vida, María utiliza su don de maternidad para hacer el bien a las personas necesitadas. Como dice San Pablo, “En cada uno se manifiesta el Espíritu para el bien común”. Cada miembro de la Iglesia ha recibido dones espirituales y carismas para el bien de los demás. Reconocer estos diferentes dones es aceptar que somos fundamentalmente diferentes en nuestra naturaleza y en nuestra función.

En consecuencia, nos necesitamos unos a otros y debemos apoyarnos mutuamente. Nos complementamos y enriquecemos mutuamente con los dones que Dios nos ha dado. Por ejemplo, un electricista es tan importante para un sacerdote como un policía para un granjero. Un carpintero es tan importante para un fontanero como un ingeniero para un profesor. Ninguno carece de importancia; y ninguno es más importante que el otro.

Permítanme terminar diciendo esto: Siempre debemos recordar que nuestro Señor escucha a la Santísima Madre María con un oído particular debido a la relación que tiene con ella. No significa que la Santísima Madre ocupe el lugar de nuestro Señor Jesús o lo reemplaza. Lo que esto significa es sencillamente que la Santísima Madre, conociendo a nuestro Señor Jesús mejor que cualquiera de nosotros, puede interceder por nosotros como lo hizo por la pareja en las bodas de Caná. Su intercesión ante nuestro Señor Jesús tiene la posibilidad de ser aceptada con alegría y con la obediencia de un hijo a una madre.

Pidamos Ahora a nuestro Señor Jesús, que convirtió el agua en vino, que cambie nuestras faltas en alegría para gloria del Padre. Pidamos al Padre que nos ayude a usar nuestros dones y talentos en beneficio de nuestros semejantes, como lo hizo María con el don de su maternidad para el bien de la pareja de Caná. ¡Que nuestro Señor responda nuestras oraciones, especialmente cuando estamos en necesidad, por intercesión de la Santísima Madre! Amén.

Isaías 62: 1-5; 1 Corintios 12: 4-11; Juan 2: 1-11



Fecha de la Homilía: el 19 de Enero, 2025
© 2025 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20250119homilia.pdf